

843
L

P02623
- EG
R45
V. 2

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO MARIANO GÓVARRUBIAS

LA

REINA DEL AQUELARRE

LIBRO CUARTO

LA COLCHONERITA

I

AL TRAVÉS DE LOS VIDRIOS

En la casa de la calle del Agua del Emperador (Kaiserwasserstrasse), donde se halla la curiosa oficina del Señor Málaga, vamos á subir tres pisos y á franquear el umbral de la puerta á donde golpeó Juanillo cuando sorprendió el malvado propósito que tenía Málaga de envenenarlo. Bien recordáis que tan pronto como hubo golpeado, Magno le abrió la puerta. Ambos bajaron enseguida en persecución del « infiel », y luego se separaron á la salida del Hotel de Aquila, Juanillo con dirección á Mayerling y Magno á la de la calle del Agua del Emperador con cierto fin que pronto conoceremos...

Al siguiente día de los acontecimientos relatados

penetramos en el departamento donde un cierto Reginaldo ha tomado á su servicio al enano paralelepípedo de cinco patas.

Allí también vamos á encontrar de nuevo no solamente á Magno y al propio Juanillo, sino también á nuestras antiguas conocidas las señoritas Lefébure y Berta. Y ello sucederá no á causa de una estúpida casualidad sino debido al lógico encadenamiento de acontecimientos muy naturales.

La Señorita Lefébure había sido colocada por intermedio de la directora del Home en casa de ese mismo Reginaldo donde servía Magno.

Tenía misión de hacerle compañía y servirle de lectora á la hermana de ese joven que tenía la desgracia de ser ciega.

Berta había aceptado por el mismo conducto un puesto en una casa de la Annagasse, donde debía hallarse desde la víspera.

Pero el estado casi revolucionario en que estaba la capital, los motines callejeros, las cargas de sable con que los agentes dispersaban á los rebeldes desde por la mañana justamente en derredor de la Annagasse aterrorizaron á la joven é hicieronla volver sobre sus pasos.

Con efecto, aquel día, que era, lo repitimos, el siguiente al en que vimos desarrollarse tan horrosas tragedias, parecía que como si la policía tuviese encargo de complicar aún más la situación con su furiosa acuciosidad. Casi con rabia arrojábanse y tomaban de asalto las barricadas que tan tranquilamente habían dejado levantar la víspera. Parecía que hubiese recibido orden de destruirlo todo... de tumbarlo todo, ó que tuviese misión de vengar algún acto ó alguna persona.

Juzgaban muchos que aquella conducta era estúpida y peligrosa y hacíanse la reflexión de que el Señor de Riva había perdido la cabeza. Y todo esto pensaban porque aun no se había propalado en Viena la noticia del horrible drama de Mayerling.

El primero que trajo á la capital esa noticia fué Juanillo. Fácilmente se comprenderá que el joven no la dió á los cuatro vientos.

Corrió enseguida á la Kaiserwasserstrasse á donde llegó más muerto que vivo.

Después de haber tomado la precaución de no dejarse ver por el farmaceuta, subió la escalera y en pocos instantes se halló entre los tres brazos paternos de Magno. Magno y la Señorita Lefébure horrorizáronse realmente al verlo en « semejante estado ». Y en qué estado venía! La una parte del cuerpo la tenía negra como si hubiese sido un carbonero y la otra roja cual un carnicero en el matadero.

Magno y la Señorita Lefébure transportaron á Juanillo hasta la cocina, pues al pobre le faltaban fuerzas para sostenerse. Lo extendieron cuan largo era sobre el suelo (la cocina era suficientemente grande para que cupiera, á pesar de que el apartamento era muy modesto) y prodigáronle toda clase de cuidados, holgándose mucho al constatar que no tenía herida alguna á pesar de la sangre que le cubría el cuerpo.

Juanillo aun jadeante no había tenido tiempo de comer ni de beber. Dijo que tenía comunicaciones muy graves para Magno y suplicó á la Señorita Lefébure que les dejase solos. La institutriz salió inmediatamente y al atravesar el corredor del apartamento advirtió que golpeaban débilmente. Corrió á abrir ¿y á quién creéis que encontró?... A Berta que había desistido del proyecto de ir ese día á la Annagasse y regresaba

á casa de su amiga, aterrada por los tumultos callejeros.

— Dicen que la tropa va á disparar! gimió ella dejándose caer sobre una silla del cuarto de la Señorita Lefébure. No creí jamás poder llegar viva hasta aquí!

— Cosas terribles deben estar pasando! contestó la Señorita Lefébure. El joven... ¿recuerda Ud?... el joven alto de la Selva Negra...

— Juanillo! exclamó Berta ya ansiosa. ¿Qué le sucede?

— El mismo, Juanillo... Está aquí!

— ¿Dónde? ¿No le ha sucedido ninguna desgracia?

— Tiene una parte del cuerpo negra como si fuese un carbonero y la otra roja cual carnicero en el matadero.

— Dios mío!... ¿Y dónde está? ¿Dónde está?... Decidme ¿no está herido?

— No tal.

— ¡Ah! (Lo que aquel ¡ah! significaba en boca de la joven institutriz, sólo podría decirlo el ansioso latir de su corazón).

— Me suplicó lo dejase á solas con su amigo...

— ¿Con Magno?

— El mismo... ¿Le conociais?

— ¿Un enano?

— Sí... un enano paralelepípedo...

— De cinco patas... completó Berta. Nunca le he visto, pero él me ha hablado á menudo del enano... ¿Y qué hacen en la cocina?

— Se cuentan historias... Juanillo me dijo al despedirme: « Ud. me excusará, Señorita Lefébure... pero es preciso que relate á Magno ciertas cosas que él debe saber por si yo llego á morir!... »

— ¿Dijo eso?... ¿Por si llegase á morir?... Dios mío... de manera que tal vez se va á morir... y Ud. allí tan tranquila!...

Berta daba vueltas en derredor de la Señorita Lefébure como una loca. Esta última no la reconocía. ¿Qué diablos le habrá sucedido? pensaba.

Berta se lanzó fuera del cuarto lanzando un grito desgarrador:

— Quizás ya esté muerto!

Rompió literalmente la puerta de la cocina.

— Juanillo!...

— Berta!...

En brazos uno del otro lloraban como verdaderos niños que eran. Magno se sentía conmovido y como se hallaba sosteniendo el busto de Juanillo con sus brazos izquierdo y derecho, enjugóse una lágrima con la mano del centro.

— He aquí, díjole á la Señorita Lefébure, que por fin se daba cuenta de la emoción de Berta y que había enrojecido ante aquella efusión tan inesperada... He aquí cómo nos amábamos la señorita, Magno y yo antes de que hiciese su aparición el Hombre de la cabeza de ternero!...

Y era tal su emoción al recordar esas cosas que hizo uso de nuevo de su tercer mano para pasarse el pañuelo por los ojos.

Los jóvenes se desprendieron por fin.

Berta, después de constatar que su amante no estaba herido, volvió en sí; y mientras lo contemplaba aún con tierna mirada, buscó maquinalmente la cadenita que ordinariamente le sujetaba el reloj sobre el pecho. Como su mano temblorosa no la encontrase, lanzó un grito.

— Mi reloj!... gritó. Me han robado mi reloj!

Mas Juanillo tranquilizóla enseguida.

— Oh!... seño... señorita, díjole gagueando con confusión conmovedora, le pido mil excusas!

Y entregándole la cadenita y el reloj :

— *Olvidé que ya poseía uno!*

Las dos institutrices no volvían de su asombro! Con cuánta habilidad habíase apoderado Juanillo de aquellos objetos encantadores sin que nadie lo advirtiese y con cuánta gracia sabía devolverlos! Hubiérase dicho que hacía un regalo!...

Cumplimentáronlo proclamándolo el más divertido de todos los Juanillos, pero Magno, con muy buenas maneras, despidió á las institutrices, pues el enano paralelepípedo de cinco patas ansiaba oír el fin de la terrible confidencia de su compadre.

Cuando se hallaron de nuevo á solas Juanillo prosiguió su relato con gran sencillez;

— Estábamos en que le cortó la cabeza al archiduque heredero, y la cabeza quedó sobre el plato de plata.

« En derredor nuestro reinaba gran silencio... hubiérase dicho que la casa se hallaba desierta... Lo que había allí de cierto era que cuantos tomaron parte en aquella fiesta horrible, huyeron hacia la selva como pájaros nocturnos!... La dama transportó el plato con la cabeza al comedor donde daba la puertezuela de la derecha... Yo iba siguiendo todos sus movimientos... mi mirada no podía apartarse de ella... Mucho hubiera deseado desmayarme, pero aquello era peligroso en el calorífero!... Con los ojos seguía sus más mínimos ademanes... Durante largo tiempo dió vueltas en derredor de la cabeza cortada, sollozando... y llorando á lágrima viva... Por último inclinóse sobre la cabeza y besóla en la boca por vez postrera... Luego lancé de pronto un gran grito, lo cual fué un verdadero alivio para mí, que me había visto obligado á presenciar durante más de una hora tantos horrores!... Mas creo que la infeliz no tuvo siquiera tiempo de oír mi

grito porque... porque... Pero, dígame ¿por qué mira Ud continuamente el través de los vidrios?

— Continúa... Juanillo... prosigue, que luego te contaré...

— ... Porque, prosiguió Juanillo, la infeliz había acercado á su sien el cañón de un revólver y en menos tiempo del que se emplea para contarlo, se levantó la tapa de los sesos... Horrible fué aquello cuando la ví extenderse cuan larga era sobre el suelo y sentí que la sangre que le manaba á borbotones de la herida venía á caer sobre mí por la puertezuela de la derecha que, como le he dicho, se había quedado entreabierta. Imagínese Ud!... Por más que retrocedía... no me era posible ir muy lejos... hasta el fondo del calorífero llegaba la sangre caliente, goteándome sobre la cara, las manos y todo el cuerpo... ¿Pero qué diablos mira Ud. por entre los vidrios, Señor Magno?

— Todo eso, dijo Magno sin responder á la pregunta que se le hacía, es pavoroso...

— Hay algo, Señor Magno, más pavoroso aún y más misterioso que todo cuanto os he relatado...

— No es posible... respondió con bastante vaguedad Magno sin apartar la vista de la ventana que daba sobre la calle, frente por frente á la tienda de « Lanas y colchones ».

— Imaginaos que hacía cosa de cinco minutos que la infeliz manaba *sangre — que yo recibía por la puertezuela del calorífero — cuando yo me disponía á salir por allí, y de pronto ví al « infiel » que entraba felinamente al cuarto arrastrando por los pies el cadáver del archiduque... Detúvose un momento frente al cadáver de la infeliz señora... puso el oído por sí percibía algún ruido y luego, con la mayor tranquilidad del mundo colocó los dos cuerpos sobre la cama, uno

contra otro, recogió de « mi » plato de plata la cabeza del archiduque y colocóla *en su lugar*, sobre el cojín. Hecho lo cual disminuyó la luz de la lámpara como si no hubiese necesidad de tanta luz para iluminar semejante espectáculo. Y cuando la pieza toda se halló envuelta en la penumbra, volvió á la puerta é hizo una señal.

« Entonces penetró una sombra, un perfil de cuerpo cuyos contornos me era muy difícil examinar, pero que sin la menor duda no era aquella la primera vez que lo veía. En alguna parte había visto yo aquel « aire »... Mas ¿dónde?... Ay! mi querido Señor Magno, pronto iba á saberlo y allí es donde verdaderamente entramos en el reino del espanto y del horror!...

« La sombra, guiada por el « infiel », acercóse á pasos menudos hasta el lecho donde reposaban los dos cuerpos y caminaba con tantas precauciones que se hubiera dicho temía despertarlos...

« Inclínóse sobre el cuerpo del archiduque, que le quedaba más cerca, en el borde de la cama y exclamó con voz que me hizo estremecer :

« — *Cómo duermen!... Cuán tranquilamente duermen!...*

« Y la sombra extendió la mano... sobre la frente del archiduque... hundióla entre los cabellos... levantó la cabeza... que tenía los ojos cerrados... Y entonces... entonces... La sombra le entreabrió los párpados y así le habló á la cabeza... cara contra cara : *Me reconoces?*

« Aquel sonido de voz me hizo estremecer de nuevo...

« ¿ Dónde diablos he oído yo esa voz?...

« Luego, contenta sin duda la sombra por la pregunta que había hecho y *sin esperar respuesta*, metió la

cabeza entre un saco que traía bajo la capa y alejóse, siempre á pasos menudos y cautelosos. (1)

« Mas como titubeara entre las dos salidas, oí perfectamente que el « infiel » le decía en voz muy baja : « *Por allí, monseñor!* » Pero... pero... antes de desvanecerse la sombra exhaló un suspiro... un suspiro que yo conocía perfectamente... pues lo había oído muy á menudo... y no pude contener un nombre que se me vino á la boca... y se me escapó... y fué á herir los oídos de la sombra... que permaneció súbitamente inmóvil en la oscuridad!

« — Bautista!

« — ¿Quién ha pronunciado aquí el nombre de Bautista? preguntó la sombra con voz cortante. *¿Has sido tú, Mikael?*

« — Nada he oído, monseñor!

« — Te aseguro que una voz ha pronunciado el nombre de Bautista.

« — A monseñor le ha parecido oírlo .. En una noche como esta cree uno escuchar nombres que nadie pronuncia... Pero en realidad aquí no hay tal Bautista ni tal Mikael sino Ismaél, el fiel servidor de Su Majestad, dos cadáveres y una sombra!... »

Al llegar á ese punto culminante de su relato Juanillo quiso observar el efecto producido en el enano paralelpedo de cinco patas por tantas monstruosidades y buscólo con la mirada, mas en vano, pues Magno ya no se hallaba allí... Magno había desaparecido...

(1) Cuentan que después del drama de Mayerling, que ocurrió en Austria y no en Austrasia como el que nosotros hemos relatado, se expuso públicamente el cuerpo del archiduque Rodolfo antes de sus funerales, según lo ordena la etiqueta, y el cuerpo tenía una cabeza de cera maravillosamente imitada.

Sumido aún en el asombro que le había causado aquella desaparición, pensaba cuál podría ser su significado en semejantes momentos, cuando vió reaparecer al enano que corrió de la puerta hasta la silla colocada junto á la ventana con rapidez vertiginosa, saltó sobre la silla como una pelota de caucho y pegó contra el vidrio la faz en que se pintaban la estupefacción, la cólera, el despecho y la más ardiente curiosidad, sentimientos todos muy diversos entre sí pero que en realidad no se excluyen.

— Oh! exclamó rechinando los dientes... era él... no puedo equivocarme .. ¿Pero á dónde se metió?

— ¿Quién es él? preguntó Juanillo, levantándose sobre los codos y examinando con atención al enano á quien nunca había visto tan agitado.

— El que no ha de perecer sino entre mis manos... (Y al decir esto levantaba por sobre la cabeza de cabellos hirsutos los quince dedos puntiagudos de sus tres manos). Es él... no hay otro... el que le hizo olvidar sus deberes á la Señora Magno... el hombre de la cabeza de ternero!...

— ¿El hombre de la cabeza de ternero anda por aquí? preguntó Juanillo con bastante indiferencia, disgustado porque Magno se ocupaba únicamente de la cabeza de ternero en momentos en que le relataba una tan singular muerte de archiduque.

— Le vi pasar hace un momento por la calle como te esfoy viendo á tí en esta cocina, Juanillo... Y no es la primera vez que le veo ..

— ¿Qué anda haciendo por aquí?

— No lo sé yo, pero buenas ganas tengo de ponerle una de mis manos sobre el cuello... La otra noche, cuando viniste á buscarme y nos fuimos tras del « infiel », tenía yo gran urgencia en regresar aquí,

pues estaba seguro de haberlo visto en la casa de enfrente.

— ¿En el *Home*? preguntó Juanillo.

— No, donde la *colchonerita*.

— No es posible... ¿Y habeis vuelto á ver á la *colchonerita*?

— Sí tal, esa misma noche, hablaba en su despacho con un sujeto que se me pareció al hombre de la cabeza de ternero como una gota de agua á otra.

— Hola, hola! ¿Y examinasteis con atención á la *colchonerita*? ¿Observasteis á quién se parecía?

— No por cierto. Sólo tenía ojos para ver la cabeza de ternero. Separáronse enseguida... luego bajé yo... pero no sé por qué camino tan rápido pudo salir de la casa de enfrente... Cuando llegué á la calle ya se hallaba mi hombre en la orilla, saltó en una canoa y alejóse Danubio abajo .. Ah! pero lo reconocí... Era él sin duda, con sus orejas blancas, su horroroso hocico blanco y su jeta espantosa con dientes tan anchos como fichas de dominó... Ni siquiera lancé un grito... volví aquí... reflexionando que puesto que había venido una vez á casa de la *colchonerita* habría de volver seguramente.

— Escuchadme, Señor Magno, comprendo que vuestro desastre conyugal os haga interesar mucho en la cabeza de ternero, pero yo vi al través de esos vidrios y en ese mismo despacho de la *colchonerita*... un perfil que nos interesa tanto á Ud. como á mí... y es gran lástima que ya que se asomó una vez...

— ¿Qué quieres tú que pueda importarme tu *colchonerita*? exclamó Magno con visible mal humor.

— Os digo que se parece extraordinariamente á Stella...

— Estás loco, Juanillo... La Reina del Aquelarre vendiendo colchones! Te repito que estás loco!

— Desde que descubrí que « el infiel » es camarero de la corte y ayuda á asesinar archiduques y que Bautista carga con cabezas entre un saco, nada me parece imposible .. declaró Juanillo con gran energía.

En aquel momento tocaron el timbre de la puerta.

El enano, que hacía el servicio, fué á abrir la puerta, mas no había terminado de abrirla cuando exclamó :

— La Reina del Aquelarre!...

— Silencio! mi querido Señor Magno, dijo una voz de mujer joven en tono dulce y amigable. ¿Vuestro amo está en casa?

— Sí, soberana nuestra, suspiró el enano, tembloroso de emoción.

El Señor Reginaldo está en casa. ¿A quién debo anunciar?

— A la colchonerita!

Magno se inclinó profundamente estupefacto y dijo para su capote :

— Juanillo tenía razón!

Pocos segundos después volvía el enano á la cocina y anunciaba á Juanillo la gran noticia.

Juanillo, que acababa de levantarse, volvió á caer sobre el suelo cuán largo era.

— Oh! exclamó. Vaya una calle más curiosa que esta del Agua del Emperador en que hallamos á todo el mundo... porque hace un momento... Señor Magno... mientras fuísteis á abrir... púseme á mirar por entre los cristales ¿y sabéis qué ví en la calle?... Un hombre de quien ya os hablé y á quien os mostré en Todtnau, persona que debéis frecuentar lo menos posible... sí señor... debió observarme en la ciudad, á mi regreso de Mayerling y me ha seguido hasta aquí... ¿Qué querrá de mí, Dios mío?... Lo ví... deslizábase con

cautela por la acera de la farmacia... y tenía bajo el brazo su perenne talego de paraguas...

— Ah! Ah! gruñó el enano... ¿el vendedor de paraguas de la Selva Negra?...

— El mismo, Señor Magno : el vendedor de paraguas de la Selva Negra!

II

REGINALDO Y MYRRHA

Mucho antes de que Magno recibiese de la Reina del Aquelarre orden de anunciar á « la colchonerita », el nuevo patrón de Magno, el joven Reginaldo cuyo nombre se estampó varias veces en la segunda parte de este relato, hallábase en compañía de su hermana Myrrha en una pieza muy modestamente amoblada, cuyas ventanas, á la par de las de la cocina, daban también sobre esa Kaiserwasserstrasse tan curiosamente frecuentada.

El único lujo de aquel cuarto, que no se habría podido decir con precisión si era sala, comedor ó despacho y que lo era todo á la vez, consistía en un gran retrato ricamente enmarcado y representando de cuerpo entero á un hombre de maravillosa hermosura, cuyos hombros estaban cubiertos por un manto de terciopelo negro y tenía entre las manos un arco de violín. Lo extraño de aquel retrato consistía en que el sujeto representado no empuñaba el arco como un músico ó como un conductor de orquesta pronto á hacer brotar la armonía, sino con ademán de soldado que ordena

el asalto. Si en una batalla hubiese tenido un sable en la mano no lo habría empleado de manera distinta. El violín reposaba en un rincón del cuadro. Mas en vano hubiera buscado algún curioso el nombre del pintor sobre el violín, pues sólo estaba escrito el del músico: « Reginaldo Rakowitz-Iglitza » Y un poco más abajo estas palabras incrustadas en el marco y reveladoras de cándido orgullo: « A nuestro primo. »

Reginaldo hallábase de pie frente á la silla donde estaba sentada su hermana Myrrha, cerca de la ventana por donde Reginaldo miraba constantemente hacia la calle.

Reginaldo poseía la pálida hermosura de los gitanos; recordaba su perfil el de Reginaldo, de quien se creía el pariente más cercano y legítimo heredero. Era su estatura mediana, pero proporcionada. Tenía manos y pies femeninos. No revelaba fuerza excesiva pero producía la impresión de ser todo nervios y ser capaz, en un momento dado, de ejecutar el mayor esfuerzo. Eran sus movimientos sorprendentemente ágiles y agraciados. Vestía amplia túnica atada con cinturón de cuero é incrustaciones de plata. Las botas subíanle hasta las rodillas y como usaba espuelas á todas horas, siempre se hallaba dispuesto á montar á caballo. El cuello desnudo hacía resaltar la cabeza de cabellos rizados, labio sombreado apenas por ligero bozo, y ojos de mirar tierno unas veces y otras sombrío; eran esos ojos los que impresionaban inmediatamente con su fulgor de vida intensa al contrario de los de la hermana, que impresionaban, ¡ay! por muy distinto motivo, pues los ojos de Myrrha *estaban muertos!*

Los pobres ojos, grandes y fijos, que andaban siempre buscando á alguien que nunca más volverían á ver! Y á quién habían de mirar *aún* aquellos pobres ojos

como no fuera á Reginaldo, al hermano bien amado, al niño mimado á quien ella, Myrrha, como hermana mayor, había criado con la ternura de una madre!

Myrrha debió ser muy bella y aun lo era. Sólo su hermano había quedado para decirselo... desde la espantosa desdicha que la había confinado en ese retiro, después de haber visto á sus plantas tantos adoradores, y haberse embriagado de tantos triunfos... En los carteles, cuando anunciaban su entrada al circo en su fabuloso corcel saltador, ponían: « Myrrha la divina ».

Porque ella fué la Amazona, aquella cuya reputación barría la arena de todas las pistas del mundo... Ah! ver á Myrrha cabalgar en su Darío, era espectáculo que se pagaba á precio de oro!... porque equivalía á ver una diosa cabalgando en Pegaso... Miseria humana, cuán lejanos se oían hoy los aplausos del circo!... ¿Quién se acordaría aún de Myrrha, de Darío y de la espantosa noche en que hizo su entrada á caballo con los ojos muertos?

Sin embargo, desgracia tan descomunal había hallado su consolación en la admirable ternura que se profesaban mutuamente hermano y hermana.

Y luego llególes oportunamente un socorro esperado que alivió la repentina y terrible miseria.

El misterioso socorro de los « amigos de Reginaldo » y de los « dos y cuarto »... Le procuraron al joven lecciones de lengua húngara (el hermano y la hermana se hallaban por aquel entonces en Trieste) y Myrrha vendió sus caballos á sujetos desconocidos por un precio exorbitante.

Bien es cierto que el día en que Myrrha se vió obligada á separarse de Darío, lloraron los ojos muertos... Ni el hermano ni la hermana imaginaron que algún

día volverían á ver al heroico bruto... Y he aquí que, siempre por misterioso conducto, condujoles á Viena la mano desconocida... é instalólos ó mejor dicho ocultólos en ese barrio desierto... Sólo tenían que obedecer.

Desde hacía años, sobre todo desde que acaeció la muerte de Reginaldo Iglitza..., los de raza gitana como Reginaldo y Myrrha doblaban su voluntad ante las órdenes de la sociedad secreta de los « dos y cuarto ».

¿A qué aspiraba aquella sociedad, cuyos límites, composición é ideal no se conocían con exactitud, y qué pretendían hacer con ellos manteniéndolos en la oscuridad, paseándolos entre inquietantes tinieblas? Reginaldo y Myrrha no se cuidaban de saberlo, pues les bastaba con saber que trabajaban en pro de la Liberación!...

Y estaban listos á todo!

Cuando se hablaba por lo bajo en Viena de la sociedad de los « dos y cuarto », todos estaban de acuerdo en considerarla, por sus aspiraciones y organización, como hija legítima del *vedeayelt*, asociación oculta que fundó antaño Cociusco en el corazón de Hungría y que, *so pretexto de favorecer la industria nacional* llevó á cabo una propaganda política que en más de una ocasión aterró al gobierno de Metternich. Y el mismo objetivo perseguido por Cociusco parecía el suyo: establecer la federación de los pueblos del Bajo Danubio y de los Balkanes por medio de la liberación común luchando contra el enemigo de todos, el Germano de Austrasia, el gobierno de Viena!

Formidable propósito era aquel y después de Cociusco persiguiólo Reginaldo Iglitza hasta perder la vida!...

¿Mas qué importa el soldado muerto en la batalla, si el combate continúa? Reginaldo y Myrrha presentían en derredor aquella lucha terrible; empezaban á res-

pirar ya en la ciudad dominada por la rebelión el olor de sangre y de pólvora; ya se desenvainaban espadas en la oscuridad, espadas que quizás mañana refulgirían al rayo del sol!

Reginaldo pensaba á menudo: ¿Por qué no me han dicho nada?... ¿Qué quieren hacer conmigo? »... Y sucedió que cierta noche presentósele un sastre instalado en una de las raras casas de aquel barrio singular y entrególe un traje que Reginaldo no había encargado:

Manto de paño color escarlata; chaqueta bordada con oro y atada por un enorme broche en forma de huevo que podía abrirse y en algunas circunstancias solemnes servir de copa; cinturón de cuero con incrustaciones de hierro damasquinado y las armas otomanas. Al manto podía pegársele un cuello hecho en forma tal que podía llevarse formando con él las alas de un murciélago ó dándole la forma de un capuchón puntiagudo, á la manera de los que usaban los *marinari* de Venecia. Por último acompañaba todo aquello un bonete carmesí que se aseguraba sobre la frente con un galón de oro mientras que otro galón le caía hasta el hombro. Era el traje de los *ban* (1), de Croacia ofrecido secretamente durante la última dieta á los principales entre los « Dos y cuarto de Hungría » y aceptado por ellos como testimonio de olvido de las pasadas querellas entre Eslavos y Magiares.

Dicióse en las sesiones secretas de aquella dieta, tanto por parte de los jefes Eslavos como por parte del los jefes Magiares que para la batalla escogerían un solo jefe común entre los descendientes de Reginaldo; pero como ese descendiente era gitano de origen

(1) *Ban*, jefe.

húngaro, por lo menos debía usar el traje de *ban* croacio, en esa forma todos quedarían contentos y se efectuaría la alianza. Cuando recibió el traje de *ban* acompañado de una nota de los « dos y cuarto » en que le recomendaban lo tratara con gran cuidado, Reginaldo sintió hinchársele el corazón de orgullo, pues se puso el traje y encontró que le sentaba muy bien. Sin embargo no confió á su hermana aquella coquetería quizás por miedo de atemorizarla. Mas toda su imaginación se encendió al imaginar un Reginaldo que conducía los ejércitos al combate, lo mismo que Reinaldo, cantando!

La obediencia con que ejecutaron el hermano y la hermana las órdenes de los « dos y cuarto » fué recompensada con la sorpresa que más podía conmover el corazón de la gitana. Al llegar á Viena encontraron sus caballos en el fondo de una caballeriza de la Kaiserwasserstrasse. Myrrha pudo aún acariciar con sus dedos frágiles el hocico humeante de Darío y el noble bruto dió muestras de la más loca alegría.

Los caballos ya no les pertenecían, pero Reginaldo, á título de veterinario, estaba encargado de vigilarlos, aunque apenas acababa de matricularse en la facultad de medicina. Con efecto, Myrrha deseaba que su hermano adquiriese conocimientos para ganarse la vida y como nada temía tanto como los trabajos del circo para el ardor aventurero de Reginaldo y detestaba ahora aquel medio tan especial en que conoció su gloria naciente, ordenóle trabajar burguesemente y convertirse en un buen médico, mientras llegaban tiempos más heroicos.

Sabemos por la plática sostenida entre el emperador, el conde de Brixen y el Señor de Riva en qué forma seguía Reginaldo sus cursos de medicina y qué

extraña labor revolucionaria ejecutaba en plena Aula, entre sus exaltados camaradas. ¿Será preciso decir con cuánto cuidado ocultaba á Myrrha, cuyas angustias no habría aumentado por nada en el mundo, su peligrosa conducta, tan peligrosa y tan imprudente que muy á menudo estuvo á punto de ser aprehendido, sin que hubiera podido decir cómo, en el momento mismo en que se creía definitivamente prisionero, un acontecimiento de lo más extraño y sorprendente, *acontecimiento que parecía cuidar de él á todas horas*, venía á salvarlo del mal paso en que su atolondrada cabeza y su corazón generoso lo habían colocado!

Reginaldo no contaba á Myrrha todo cuanto le ocurría. Ocúltóle también que á pesar de la promesa solemne que le hizo de no volver á pisar un circo, aprovechó el hallazgo milagroso de Darío para exhibir de nuevo al fabuloso bruto ante el público del Prater. Presentóse Reginaldo enmascarado: llamáronle en el circo *el jinete enmascarado*. Darío obtuvo de nuevo sus éxitos de antaño. El *caballo saltador* excitó de nuevo el entusiasmo de las muchedumbres estupefactas. ¿Con qué objeto hizo aquello Reginaldo? Primero, porque en su modesto hogar carecían casi totalmente de recursos y era preciso allegarlos en cualquier forma; y segundo, porque como se verá más adelante, *deseaba encontrar á alguien á quien buscaba continuamente por dondequiera que pasaba, alguien que frecuentaba los circos con frecuencia...*

Ya que conocimos á Reginaldo y á Myrrha, indaguemos qué podía llamar tanto la atención del joven hacia la calle, pues no cesaba un instante de mirar por la ventana.

No es posible hacer la vida que llevaban Reginaldo y Myrrha *sin cuidarse de todo cuanto sucede en derredor.*

Cuando acontece, como á ellos acontecía, que no sabe uno exactamente á dónde va, ó mejor dicho, á dónde lo llevan, trátase por todos los medios de descubrir la más pequeña manifestación de aquella fuerza oculta, de aquella secreta organización que tan extrañamente vela por sus protegidos. Trata de explicarse porqué se le trajo á Viena, porqué se le instaló justamente en aquella callecita que conduce á una orilla suburbana del Danubio y porqué se les alojó frente á ese curioso depósito de lanas, colchones y muebles, muebles que entran y salen, que embarcan y desembarcan y *que son siempre los mismos.*

Sin duda cuando se poseen los ojos de Reginaldo, ojos que están obligados á mirar por cuatro, da cuenta de que aquellos muebles que viajan constantemente, aquellas cajas que llevan y traen y vuelven á llevar, *son siempre las mismas.* Y el curioso reflexiona y trata de indagar á qué puede servir comercio tan singular. Sobre las cajas se ve la misma inscripción: *la Puerta de Hierro!* Entonces pasa por los ojos y el cerebro una ligera luz. Reflexiónase que quizás todo aquello no es más que un biombo tras el cual ejecutan alguna labor secreta. Examínase á las personas que se agitan en derredor de todo aquello, mirase al través de los vidrios y distínguese perfectamente á la persona que parece ser el jefe de tan original establecimiento: una joven de bellos ojos y espléndida cabellera rubia obedecida por sus empleados con disciplina rigurosa. Se ve á « la colchonerita »; se la ve tan bien, que sólo á ella se ve... y se la ama!...

Por último adviértese también al través de los vidrios, mientras se contempla á « la colchonerita » que « la colchonerita » os está mirando.

Entonces inquiere uno y termina por sorprender

algunas palabras, pues ejerce espionaje... y deslízase con las sombras de ciertos sujetos envueltos en capas que no pueden penetrar en aquel curioso establecimiento sino á ciertas horas y murmurando estas palabras : *las dos y cuarto*.

... Y desde que se descubre eso, desde que se ha tocado por fin con el dedo aquella irrealidad, cuando se ha apoderado de aquella cosa impalpable : *los « dos y cuarto »* y que se hace cargo de todo el radio de acción que puede abarcar un comercio de colchones bajo una dirección inteligente, no se puede dominar cierto orgullo : mas es lo cierto que uno piensa que si tan fácilmente pudo descender un poco el velo que cubría la verdad, hizolo sin duda porque la verdad tenía interés en mostrarse... y el orgulloso y enamorado corazón palpita con más orgullo y con más amor.

... Tanto, tanto, que el día en que se presentó á la caballeriza de Darío « la colchonerita » y la vió de pronto y con ojos turbados Reginaldo, y ella le pidió que le prestara el caballo, Reginaldo respondióle con voz temblorosa :

— El caballo os pertenece, hermana mía!

— ¿ Hermana vuestra? interrogó « la colchonerita » levantando hasta Reginaldo sus ojos hermosos.

— *Si, hermana mía, en las dos y cuarto!*

« La colchonerita » debía gustar mucho de los caballos, pues desde aquel día visitó con frecuencia á Darío. Á veces, cuando ello no trastornaba los compromisos de Reginaldo, que le había confiado el secreto del *jinete enmascarado*, prestábale el noble bruto durante días enteros... Otras veces no reaparecía sino una semana después, misteriosa amazona, con el caballo muerto de fatiga... Por último, en el último viaje

Darío había regresado solo á la caballeriza y en un estado lamentable...

En la silla traía una misiva de la colchonerita en que daba las gracias á Reginaldo pero que no logró consolar al joven de la ausencia de aquella que ya reinaba en su corazón...

Aquel día en que le hallámos en su puesto de observación decíale por centésima vez á Myrrha todas las inquietudes de su alma, pues bien se comprende que á medida que hacía sus observaciones, le comunicaba á Myrrha las sospechas que le sugerían los procederes extraños del comerciante de enfrente y además no le había sido posible ocultarle completamente lo que aquel descubrimiento había labrado de feliz ó de infeliz en su corazón.

— ¿ Qué hace? repetía. ¿ Por qué no da señal ninguna de vida?

En vano trataba de calmarlo Myrrha con suaves palabras; no podía comprender que « la colchonerita » permaneciese inactiva en momentos en que la ciudad entera se declaraba en rebeldía.

— Tiemblo que le haya sucedido alguna desgracia!

— Cuánto la amas! suspiró Myrrha.

— Sin duda, la amo con todo mi corazón. ¿ Por qué no había de confesártelo? Acaso sentirías celos por ese amor, hermana mía?

Myrrha meneó suavemente la cabeza.

— No es eso, Reginaldo!

Cerró sus bellos párpados y púsose á llorar.

— ¿ Por qué lloras, Myrrha? preguntóle el joven con bastante brusquedad. ¿ Crees acaso que olvidé mi juramento? ¿ Es por eso que lloras?

Vibró con tan inquietante irritación la voz de Reginaldo que Myrrha se apresuró á asirle la mano.

— Reginaldo! Reginaldo! Puedes, debes ser feliz...
Quiero que olvides tu juramento... hermano mío querido.

— Eso nunca!

El joven pronunció aquellas palabras con tal acento de *ferocidad*, que Myrrha, estremecida por terrible alegría, besó á su hermano con salvaje transporte. Y la súbita evocación de aquel misterioso juramento transformólos á ambos y electrizó sus dos seres con tal ímpetu de rabia y de odio que anhelantes arrojáronse en brazos uno de otro!

En aquel momento el enano Magno anunció :

— La colchonerita.

— Stella! gritó Reginaldo.

Y corrió hacia ella y trájola de la mano hasta el lugar donde se hallaba su hermana :

— Es ella! Ah! Myrrha, si supieses cuán bella es.

Myrrha dijo á la joven con sonrisa entristecida.

— Lamento no poderos admirar, hermana mía...

Stella asió las dos manos de la ciega y arrodillándose ante ella, colocólas sobre su propia cabeza, y díjole :

— Bendecidme, hermana mía, según la costumbre de la Puerta de Hierro, porque yo amo á Reginaldo.

Myrrha retiró las manos, presa de extremada agitación...

— Desdichada! ¿ Nada os ha dicho Reginaldo? exclamó.

— Díjome, respondió Stella con dulzura, que había hecho un juramento y que no podía contraer matrimonio antes de cumplirlo.

— Entonces bien veis que no puedo bendeciros según la costumbre de la Puerta de Hierro, prosiguió Myrrha, cuyo seno palpitaba con extraordinaria agitación, *pues es posible que muera sin haber cumplido su juramento.*

— *Entonces yo moriré virgen*, hermana mía, pero nos perteneceremos en la muerte. Bendecidme, pues, según la costumbre de la Puerta de Hierro.

Myrrha recogióse y pronunció las palabras que pronuncia el *jude* (1) tocando la frente de la esposa, el día de las bodas.

« *Friolenta hija de Egipto, vestida tan sólo con cuerdas, conviértelas en cinturones que desatará tu esposo y sentirás calor!* »

Cuando Reginaldo besó á Stella estaba tan tembloroso como ella tranquila, pues de ese día en adelante era dueño de ese tesoro, pero no debía olvidar que había hecho juramento de no tocarlo.

— Hermana mía, dijo Stella, sentándose cerca de la ciega, Reginaldo me ha hablado muy á menudo de vos y por él aprendí á amaros antes de conoceros. Cuando me contó vuestra desdicha no pude contener el llanto. ¿Cómo pudo caer sobre vos, tan joven y tan hermosa, esa terrible catástrofe que os privó de la luz del día?

Myrrha palideció de tal manera que Reginaldo creyó que iba á perder el conocimiento y Stella lamentó su pregunta. Mas ya la joven gitana había dominado su emoción y con voz cuyo timbre sonó extrañamente en los oídos de Stella, respondió Myrrha meneando la cabeza.

— No me sorprendió aquella súbita catástrofe, pues desde mi infancia siempre tuve la idea fija de que me hallaba bajo el peso de un gran infortunio. La desgracia ocurrió en una noche tachonada de estrellas ¿verdad Reginaldo?... *Mas yo cesé de ver las estrellas!* Por ese motivo advertimós Reginaldo y yo que me

(1) *Jude*, jefe elegido por la colonia bohemia y conducido en hombros por cuatro sujetos vigorosos á las ceremonias que preside, como matrimonios ó funerales.

había vuelto ciega... ¿no es cierto?... ¿no es cierto, Reginaldo? Y desde entonces no volví á ver las estrellas á pesar de que vivo en noche perenne... Me duermo de noche y me despierto de noche!... Cuando abro los ojos por la mañana, está de noche!...

Mientras esto decía, Myrrha entrelazaba las manos, se quebraba los dedos y levantaba hacia el cielo sus ojos hermosos como buscando la caricia del día!...

— ¿Cómo es posible que Dios ponga en tan dura condición á la más dulce y la mejor de sus criaturas? exclamó Stella... ¿grande debió ser vuestra desesperación?

— Sin duda, lancé gritos terribles... clamores que aquella noche se escucharon hasta en la orilla del mar ¿no es cierto, Reginaldo?... Un navío arribó por saber quién gritaba tan desesperadamente en la orilla!

— Lo que no has dicho y que yo no me cansaré jamás de repetir es que tu amor por mí sobrepasó tu desesperación!... Oh! aquella maldita semana en Trieste en que saliste al circo *con los ojos muertos!*

— ¿Cómo pudiste continuar los ejercicios del circo estando ciega?

Myrrha respondió con sencillez :

— Mi hermano Reginaldo era aún muy joven y necesitábamos dinero para vivir. Es cierto, salí al circo estando ciega por ganar el pan.

— Y nadie advertía que estabais ciega (1)?

Oyóse la voz vibrante de Reginaldo que decía :

— Lo advertieron el día en que Darío saltó sobre el

(1) El acontecimiento no es único en su especie. La baronesa de Rahden hizo algo más extraordinario : habiéndose vuelto ciega de un día para otro, entró á la pista al día siguiente cabalgando en su caballo Czardas que también era ciego. (*Memorias de la baronesa de Rahden.*)

público é imprimió su casco dorado sobre la faz infame...

— Reginaldo!...

Myrrha se había erguido, jadeante, buscando á tientas, con las manos extendidas, á Reginaldo, y poniéndoselas sobre la boca para imponerle silencio :

— Calla!... Calla!... Calla!...

Stella contempló al hermano y á la hermana. Eran tan amenazantes los ojos de esta última, que parecían haber recobrado la vida. Reginaldo daba señales tan extremadas de agitación que sólo las muñequitas de Myrrha lograron hacerlo callar.

Myrrha cayó de nuevo en su silla.

— Con efectó, prosiguió, aun suenan en mis oídos los mil gritos de terror que lanzó el público. Darío rodó por tierra... mas yo, afortunadamente, salí ilesa... Darío estuvo enfermo durante quince días... Desde entonces no volví á cabalgarlo... No... desde aquel día, no volví á montar á caballo.

Y prosiguió sonriente :

— Pobre Darío! aun está robusto. Reginaldo me contó que lo queríais mucho y que él también os quería y os saludaba con alegre relincho cada vez que pasabais frente á su caballeriza... y sin embargo... tengo una queja contra vos, hermana mía... me lo fatigáis con exceso!...

— Su fatiga me salvó la vida! contestó Stella... Una noche en que me perseguían unos lobos por una selva pude escapármeles gracias á uno de esos saltos prodigiosos que seguramente no puede dar ningún otro caballo en el mundo.

— Oh! yo llegué á hacerle dar saltos prodigiosos! (Y Myrrha se animaba alegremente al recordar sus ejercicios de antaño). Bien sabéis que es originario de los acaballaderos de Trakehnez y que fué maravillosa-

mente amaestrado en escuela de primer orden ¡ Ah! cuántas cosas le hice hacer! Cuántos galopes y cuántas piruetas y cuántos cambios de paso en el galope! Y su famoso paso español! Pero como caballo saltador, qué triunfo... Hermana mía, os suplico que no lo hagáis devorar por los lobos... ¿Me lo prometéis?

— Os lo prometo.

— Cuidádmelo bien.

— En cuanto á eso, está cuidado como un niño y viaja como un archiduque. Siempre le hago reservar un vagón para él solo y no le faltan criados.

— ¿Y la selva esa queda muy lejos?... Hermana mía... me voy á permitir preguntaros por qué tenéis necesidad de Darío en esa selva donde hay lobos?

Reginaldo púsole una mano sobre el hombro á su hermana :

— Nunca se interroga á « la colchonerita », díjole.

— Es cierto, replicó Stella, porque ello le causa mucha pena cuando no le es posible responder á las preguntas de su hermana.

— Se le obedece! exclamó Reginaldo.

— Oh! no siempre, dijo Stella mirando á Reginaldo que se sintió palidecer.

— ¿Qué queréis decir con eso, Stella?

— Nada!... Reginaldo!... Es mucha lástima que Darío esté fatigado porque necesito un caballo.

— ¿Enseguida?

— Inmediatamente.

— Ahí está Gitana, dijo Myrrha, y dirigiéndose á su hermano, agregó : id y ensillad á Gitana y traedla sin perder un segundo.

— Stella no ha montado jamás en Gitana y si lo que desea es volver á la selva donde hay lobos, prefiero prestarle á Darío, aunque esté fatigado.

Stella aceptó con alegría :

— Doradle los cascots, dijo ella, porque esta noche lo montará una reina!...

— La Reina del Aquelarre! terminó el joven inclinándose.

— Reginaldo, mucha imprudencia es la vuestra en terminar las frases de « la colchonerita », pues se verá en el caso de no confiaros más sus secretos, dijo Stella con desagrado y enviolo corriendo á las caballerizas.

Tan pronto como salió el joven, arrojóse Stella en brazos de Myrrha y díjole con angustia :

— Reginaldo es muy loco, hermana mía. Se compromete y compromete nuestra causa!... Desde luego habla muy imprudentemente. Pero no se trata solamente de eso, se mezcla como un niño en toda clase de aventuras... Ya estaría en la cárcel si yo y mis amigos no veláramos constantemente por él! Mañana estará muerto si no le impedís que salga esta noche!

— ¿Qué decís? murmuró Myrrha temblando.

— Le aconsejé que *esperara!*... Aun no ha sonado la hora!... No somos dueños del momento!... y se aprovechó de mi ausencia para conducirse como un niño impetuoso!... No le fué posible asistir impasible á la rebelión de Viena!... rebelión organizada en gran parte por la propia policía... Se mezcló en ese transporte sospechoso!... Se ha colocado á la cabeza del movimiento!... Lo dirige... Le han dejado hacer toda clase de tonterías, le han permitido todas las audacias... porque trataba con traidores!...

— ¿Por qué, preguntó Myrrha anhelante, por qué no se lo habéis dicho hace un momento?

— ¿Por qué?... Porque habría imaginado que era un subterfugio mío... para impedirle que arrostrara el peligro en que le ha colocado su imprudencia... ¿Sabéis

lo que urdió? Conducir á los delegados federales hasta el propio Burg, hasta el aposento del emperador, pasando por un subterráneo que va del palacio á la iglesia de los Agustinos. Tiene cita con ellos! Se halla tan avanzado en esa empresa que creería faltar á su honor abandonándola. Nada de cuanto podría decirle, lograría contenerlo y se consideraría como el más abyecto de los cobardes si no fuera á ocupar su puesto esta noche... Ahora bien, esas gentes lo abandonan, porque todos se han traicionado... La policía está al corriente de todo!... Y me ví obligada á prevenir á algunos amigos de Reginaldo para que no se reúnan esta noche con los delegados en la bodega...

— ¿La cita tendrá lugar en la bodega? preguntó Myrrha.

— Los delegados deben reunirse en la *Bodega*, en los subsuelos de Paumgartner y de allí, ir á reunirse con Reginaldo en la cripta de la iglesia de los Agustinos. Mas no irán á la cripta como lo prometieron y dejarán solo á Reginaldo porque están vendidos á Brixen!

— Miserables!

— Y Reginaldo quedará solo expuesto á los terribles golpes preparados por la policía del Sr. de Riva! Es la muerte!... Y quizás el suplicio antes de la muerte!

— Dios mío!... Dios mío!... ¿Me queréis enloquecer?... Stella, hermana mía ¿qué debo hacer?... ¿Cómo habéis podido imaginar que yo pueda contener á Reginaldo si vuestras palabras son impotentes para salvarlo?... Y además, tenéis razón!... Os sobra razón!... Reginaldo irá!... Si dió su palabra, irá!... irá!... porque responderá que no es posible que todos hayan traicionado y que ha de morir con los que permanezcan fieles!... ¿Qué debemos hacer?

Y Myrrha se desesperaba.

— Obedecerme! respondió Stella con voz cortante... La cita es para esta noche. Reginaldo comerá con vos y le haréis beber un narcótico. Así le salvaremos!

Myrrha besó á Stella con salvaje transporte y díjole:

— Tú eres quien le salva! Ah! ámalo, ámalo y verás cuánto te amaré yo!

Y enseguida preguntó:

— ¿Dónde está el narcótico?

« La colchonerita » sentóse frente á un escritorio que ocupaba un rincón de la pieza, junto al retrato de Reinaldo. Escribió algunas líneas, imprimió sobre el papel un sello en forma de reloj que sacó de entre el seno y luego tocó el timbre y se presentó el enano Magno.

— Para el Sr. Málaga, le dijo ella.

— El enano desapareció y Stella fué muy quedo hasta el retrato é inclinándose como ante un altar, besó la falda del manto de Reinaldo.

Cuando Magno volvió con la « receta » y el « medicamento » encontró á Stella y á Myrrha asomadas á la ventana y hablando con una persona cuya voz se oía vagamente en la calle.

Stella volvióse al oír el ruido producido por Magno al entrar y las jóvenes abandonaron la ventana diciéndose algo en voz baja.

Magno, que temía para su ama los aires colados, fué enseguida á cerrar la ventana y como era curioso por naturaleza, aprovechó la ocasión para mirar hacia la calle.

— El hombre de cabeza de ternero! exclamó.

Entregó el medicamento á Myrrha y rodó al través de la pieza, empujando los muebles, rompiendo las puertas, atravesando el corredor y arrojándose por la escalera.

Hizo todo aquello con tanta precipitación que olvidó cerrar la puerta del apartamento de Reginaldo y no vio entrar una sombra que aprovechando el olvido se coló hasta el vestíbulo.

La sombra tenía un talego de paraguas bajo el brazo.

Magno, á pesar de toda su velocidad, llegó á la calle cuando ya no había ni rastros del hombre de la cabeza de ternero; mas, en cambio, vió desembocar de la esquina á Reginaldo que traía por las riendas á Darío.

Bajó Stella á la calle y el caballo la saludó con alegre relincho; Stella lo besó en el hocico y el noble animal, olvidando las pasadas fatigas, mostróse pronto á empearlas de nuevo.

Stella sonrióle á Magno é hizole el honor de requerir una de sus tres manos para ayudarse á montar mientras que Reginaldo, celoso y malhumorado como verdadero chiquillo de veinte años y triste además, como se ponía cada vez que veía partir á Stella para una de esas misteriosas excursiones cuyo secreto jamás le había revelado, permanecía un poco distante, con los brazos cruzados.

— Adiós, Reginaldo!

— Adiós, Stella!

Y ambos cruzaron las miradas donde se adivinaba, á pesar del aparente fastidio de aquellos chicos extraños y hermosos, todo el inmenso amor que se profesaban.

Antes de partir, Stella indicó la ventana á donde Myrrha acababa de apoyar su frente pálida:

— Corre á su lado, ordenó Stella, que te está esperando!

Y solo cuando dejó de oír resonar el paso de Reginaldo en las escaleras y que adquirió la certidumbre de que se había reunido con su hermana, soltó las riendas

á Darío. En aquel mismo momento volvió la cabeza y divisó á Magno que también se ponía en marcha.

El enano Magno había perdido la pista del « hombre de la cabeza de ternero », pero en cambio había encontrado la de la Reina del Aquelarre y pensaba que todo resultaba muy bien porque la « cabeza de ternero » no le habría dado noticias de la Reina del Aquelarre, en tanto que esta última, á quien vió platicando con la « cabeza de ternero », seguramente no se negaría á darle noticias de la « cabeza de ternero ».

— ¿Venís á acompañarme, Señor Magno? preguntó Stella.

— Estoy encantado de haberos hallado de nuevo, *reina mía*, y no os abandonaré.

— Ni yo tampoco, dijo una vocecita de flautín.

Stella volvió la cabeza hacia la derecha y divisó un cuerpo largo y desmirriado que conocía muy bien.

— Vaya una gracia, el Señor Juanillo!

— El mismo, para servir á *mi reina*.

— Pues bien, díjoles con amable sonrisa... venid pues!... En esta ocasión, amiguitos míos, no os haré perder mis huellas!

Y lo mismo que la noche estrellada en que partieron juntos de las Tres Marías del Mar gritóles la Reina del Aquelarre:

— Adelante, tropa indisciplinada!...

Y siguieron paso entre paso por la orilla desierta del Danubio...